



DON JOSE MARIA LICEAGA.

Figuró mucho durante la guerra de Independencia, su nombre es muy conocido, y sin embargo, la generalidad ignora la mayor parte de sus hechos y hasta ha llegado á confundírsele con otra persona de su familia que llevaba su mismo nombre y apellido.

Pertenecía á una antigua y distinguida familia de la provincia de Guanajuato, perfectamente relacionada, y poseía varias propiedades en esa ciudad y una finca de campo llamada Hacienda de la Laja, entre los pueblos de Silao y de León. Se dedicó á la carrera de las armas y empezó por ser cadete del Regimiento de Dragones de México, cuando estalló la revolución de Dolores; se encontraba Licéaga en su ciudad natal cuando Hidalgo la tomó, y la amistad que existía entre el anciano Párroco y la familia del cadete, hizo que uno y otro se viesen en aquellos días y que el segundo se decidiese á abrazar la causa de la Independencia con el grado de Capitán, que le concedió el Generalísimo. Refiere Alamán que habiendo hecho presente Licéaga á Hidalgo que en la ciudad no había galones para que se le hiciesen las charreteras correspondientes al grado que acababa de recibir, éste obvió la dificultad, ascendiéndolo á Teniente Coronel, por ser más fácil de encontrar los galones correspondientes á este grado. Es dudoso, por lo menos, que esto sea cierto, aunque hay que confesar que los

primeros jefes fueron muy pródigos en conceder grados.

Desde ese día siguió á los primeros jefes, y se cree que estuvo en las acciones de las Cruces y de Aculco, retirándose después de ésta á Guanajuato, de donde tuvo que salir cuando Calleja atacó aquella plaza, pasó á Zacatecas y Guadalajara con Allende, y se halló presente en el puente de Calderón; su calidad de subalterno no permitía que se hiciese mención de él; sin embargo, la confianza que en él llegaron á adquirir los primeros jefes, se demuestra con el hecho de que en el Saltillo fué declarado adjunto de Rayón en el mando del ejército cuando se decidió que éste siguiese la revolución en el interior. Durante la retirada hasta Zacatecas, se limitó á ir á las órdenes de aquel jefe, y al atacar esa ciudad fué rechazado con la partida que estaba á sus órdenes, y poco faltó para que murieran Licéaga y Don Francisco Rayón.

Firmó, en unión de Rayón, el manifiesto que enviaron á Calleja por conducto del P. Gotor y de Don José María Rayón, haciéndole saber su misión y los fines de la revolución, manifiesto que no fué contestado. La acción del Maguey, perdida por los insurgentes, no separó á los dos jefes, que se dirigieron á Michoacán, donde ya abundaban las partidas de independientes, con el objeto de ser reconocidos como superiores de ellos. Licéaga concurrió al ataque de Valladolid de 2 de Junio de 1811, y siguiendo en pos de Rayón, que lo había dominado, anduvo por Tuzantla y el Sur de la provincia, hasta que ambos fueron á dar á Zitácuaro, donde se ocuparon en organizar la famosa Junta. Rayón se reservó el cargo de Presidente de ella y dejó los Vocales para Don José María Licéaga y el Dr. Don Sixto Verduzco; empezó inmediatamente á funcionar aquella Corporación, y permaneció en la villa hasta que Calleja la atacó el 2 de Enero de 1812. Durante ese tiempo, Licéaga no se ocupó de combatir, y más bien lo que hizo fué unirse sólidamente con Verduzco y empezar ambos á hostilizar á Rayón por haberse declarado Presidente perpetuo; en cambio, éste pro-

curaba que sobre ellos recayese la responsabilidad de las medidas odiosas que se dictaban, como sucedió con los fusilamientos de Don Tomás Ortiz, de Céspedes y de otros que aunque ordenados por Rayón fueron autorizados con la firma de Licéaga.

Después de la toma de Zitácuaro, la Junta se refugió en Tlalchapa y Sultepec, pero habiendo sido derrotado Rayón en Tenango, y no siendo posible que los miembros de ella caminasen unidos, se resolvió su separación, yéndose Licéaga para Guanajuato, con el título de General de las provincias del Norte; Verduzco quedó con el de General de las del Poniente en Michoacán, y Rayón permaneció en Tlalpuigal con objeto de pasar á la provincia de México. Antes, sin embargo, de separarse, contrajo una nueva responsabilidad Licéaga, pues le tocó autorizar el fusilamiento de treinta y dos españoles que la Junta tenía presos, y aunque de momento se suspendió la ejecución, al fin se llevó á cabo en el camino. Los tres Vocales se separaron bastante descontentos unos de otros, y haciéndose mutuos cargos; Licéaga, por caminos extraviados, llegó á la provincia de Guanajuato, visitó su hacienda de La Laja y procuró hacerse reconocer por todos los jefes independientes que había en ella, lo que le costó algún trabajo, pues varios se negaban á reconocer cualquiera autoridad como sucedía con Albino García. Poco éxito tuvo en sus gestiones y, además, la fortuna se le mostró esquivá muchas veces; Iturbide lo derrotó en el valle de Santiago y García Conde lo persiguió con tenacidad, hasta que se vió obligado á refugiarse en unas pequeñas islas del lago de Yuriria, las que desde entonces se llamaron Islas Licéaga. Son dos pequeños islotes cercanos que Licéaga unió con una calzada de tres varas de ancho, y á los que rodeó de una cerca de piedra de dos varas de alto con foso y estacada de espinos, proveyéndola de artillería.

Licéaga la creía inexpugnable é Iturbide, contra la opinión de García Conde, que quería bloquear la fortaleza, decidió atacarla,

empezando por limpiar de insurgentes las márgenes de la laguna, operación que principió el 9 de Septiembre; una vez terminada, estableció su campamento en Santiaguillo, punto el más inmediato á la isla, y resolvió atacarla durante la noche del 31 de Octubre. Dividió su tropa en cuatro columnas, armó con cañones varias cuevas y emprendió el ataque, que fué corto, pues los insurgentes, desalentados con el incendio de un depósito de pólvora, no hicieron gran resistencia. Ni uno solo de los 200 defensores de la isla escapó, pues los que no perecieron en el asalto murieron ahogados, y los jefes fueron fusilados en Irapuato á los pocos días. Licéaga se salvó porque con anterioridad había abandonado el punto, encargando del mando de él al padre Don José Mariano Ramírez, que tenía el grado de Coronel, y que fué fusilado. Licéaga, después de permanecer unos días en Dolores con su segundo, el Dr. Cos, se unió á Rubí y á otros jefes, y en su compañía intentó el ataque de Celaya (12 de Enero de 1813), aprovechando la oportunidad de que tenía escasa guarnición; no pudieron apoderarse de la ciudad los insurgentes, pero permanecieron varios días á la vista de ella, y tal vez la hubieran tomado, á no haberla socorrido prontamente los realistas á las órdenes de Don Manuel Gómez Pedraza; Licéaga se vengó destruyendo las cosechas de las haciendas inmediatas.

No pudiendo ya sostenerse en Guanajuato, pasó á la provincia de Michoacán, dirigiéndose á Urecho, donde se encontró con Verduzco; los dos Vocales, después de discutir largamente, resolvieron declarar que ellos formaban la mayoría de la Junta, citaron á Rayón para que dentro del tercero día se presentase á contestar los cargos que se le hacían por haber usurpado la presidencia de la Junta y por haber invadido á Michoacán, asignado á Verduzco, etc., acañando por declararlo traidor si no obedecía. Rayón contestó con hechos enviando contra los Vocales al Lic. Francisco Solórzano, en vez de presentarse en la hacienda de la Parota, para donde estaba emplazado, pero los Vocales lo derrotaron en Santi

Efigenia y Rayón no tuvo más remedio que avisar á Morelos lo ocurrido, procurar que los jefes insurgentes no siguesen el partido de los Vocales y nombrar Comandante de la provincia á Muñiz en lugar de Verduzco. Algunos insurgentes, como los Villagrán, siguieron el partido de éste y de Licéaga; otros el de Rayón, y la anarquía se entronizó en el campo independiente. (Abril de 1813).

Licéaga regresó á la provincia de Guanajuato, permaneciendo con corta fuerza en las cercanías del Jaral y de Salvatierra, en tanto que Verduzco sufría nuevas derrotas y que Cos trataba de avenir á los miembros de la Junta, á lo que los dos citados estaban dispuestos, ofreciendo hasta renunciar sus cargos. Queriendo aprovechar tan buena disposición Don Ramón Rayón, habló con su hermano para ir á tratar con Licéaga, y habiendo accedido Don Ignacio, el mencionado se dirigió á Salvatierra con cuatrocientos hombres, pero el Vocal, desconfiado, creyendo que Don Ramón iba á combatirlo, se aprestó á la defensa; Cos, por su parte, se ofreció como medianero, pero no consiguió ser oído. El resultado fué que sabedor Iturbide del movimiento de Don Ramón Rayón, decidió atacarlo, como lo hizo, en el puente de aquella población, y aunque el insurgente se defendió durante seis horas y con el concurso de Licéaga, que estaba inmediato, pudo haber derrotado al realista, él fué el que sufrió una gloriosa derrota y tuvo que retirarse con un puñado de soldados.

De este incidente se valió Don Ignacio Rayón para pasar circulares á todos los independientes diciéndoles que Licéaga y Verduzco estaban ya indultados y relevándolos de la obediencia; "ya estáis exentos de toda obligación hacia ellos, les decía, quienes suspensos, no deben ejercer ya el alto ministerio." Al mismo tiempo, comisionó al Brigadier Cajigas para que aprehendiese á Licéaga, como lo verificó, llevándolo á la hacienda de Puruarán, donde los dos delegados de Hidalgo tuvieron al fin una conferencia que el segundo rehusó

por espacio de muchos días; en ella quedaron reconciliados al parecer, y al cabo de algunos días Licéaga quedó libre y se retiró á la hacienda de La Laja, aunque sin mando alguno. En realidad, éste debió su libertad no á la generosidad de Rayón, sino á las apremiantes órdenes de Morelos, que quería evitar el fusilamiento del delegado de Hidalgo y que necesitaba tenerlo en Chilpancingo para que formara parte del Congreso como representante de la provincia de Guanajuato. Licéaga, después de descansar algunos meses en su hacienda, se dirigió á aquella ciudad en Septiembre de 1813, y fué uno de los que subscribieron la declaración de Independencia hecha por el Congreso; continuó formando parte de él y en Febrero de 1814 fué Presidente; en 27 de Octubre subscribió la Constitución, á cuya aprobación había asistido con toda regularidad.

Cuando aquella Corporación empezó á peregrinar, de resultas de las continuas persecuciones de los realistas Licéaga la acompañó á Apatzingán, á Uruápan y á Ario, pero allí ya no fué posible seguir unidos y cada Diputado tomó el camino que mejor le pareció; Licéaga se retiró por veredas extraviadas rumbo á Guanajuato, y se alojó en su hacienda de La Laja, donde vivía verdaderamente escondido, pues los realistas lo perseguían; huycó á cada momento al monte pasó bastantes meses, hasta que llegó Mina al cual se unió auxiliándolo en lo que pudo y acompañándolo en muchas ocasiones. Trató de disuadirlo la noche que este caudillo durmió en el rancho del Venadito, de que se fuesen á otra parte, pues aquel sitio no ofrecía seguridad, dada la proximidad de los realistas, pero Mina no hizo aprecio de estas observaciones y se entregó al descanso, del que tenía gran necesidad; Licéaga permaneció en el rancho por amor propio, pero como medida precautoria no permitió que su caballo fuese desensillado, medida que lo salvo, pues cuando en la madrugada del 27 de Octubre de 1817 se presentó Orrantía, pudo huir fácilmente; Mina y Ortiz, que no tuvieron esas precauciones cayeron, el prime-

ro prisionero y el segundo muerto, defendiéndose.

Licéaga volvió á su hacienda de La Laja, evitando con diligencia y precauciones caer en manos de los realistas, que en realidad ya no lo perseguían activamente, sabiendo que no cometía ya acto de hostilidad alguna contra ellos, pero no por eso podía considerarse seguro. A fines del año de 1818, "andando un día á caballo por el campo, se encontró con Juan Ríos, conocido por ladrón, el cual lo intimó para que lo siguiese: no pudo resistirlo Licéaga por traer consigo Ríos algunos hombres armados, pero en la primera ocasión que le pareció oportuna, dió varios espelazos á su caballo y quiso ponerse en salvo: Ríos entonces mandó hacer fuego sobre él y cayó atravesado de una bala. Túvose entendido que Ríos procedió á cometer este asesinato por orden de Borja (un cabecilla insurgente), quien pocos días antes había pedido mil pesos á Licéaga, que se los había franqueado. La esposa de éste fué llevada presa algún tiempo después á Silao por el Comandante realista Don Pedro Ruiz de Otaño, y su hacienda confiscada."

A Licéaga se le ha hecho poca justicia y siempre se le ha considerado como un insurgente de poca importancia, no obstante el grado que tuvo y los altos puestos que desempeñó; su carácter poco afecto á tener iniciativa, ha contribuido á esa indiferencia con que se le vé, pues se considera que al principio se dejó influenciar directamente por Rayón y después por Verduzco; cuando uno y otro le faltaron, abandonó la lucha y sin querer indultarse vivió en la obscuridad. Hay que confesar que esos cargos son ciertos en gran parte, pero no obstante ellos, la circunstancia de haber tomado parte en la lucha por pura simpatía y no por buscar medro, y los cargos que desempeñó ya en lo militar, ya como miembro de la Junta de Zitácuaro y del Congreso, de Chilpancingo, así como su constancia por la causa de la Independencia lo hacen acreedor á que su nombre sea recordado con agradecimiento. El mismo se conocía

inepto para ser cabeza de la revolución, y por eso se unía con quien creía superior á él en luces, talento y conocimientos; si se equivocó respecto de Rayón y de Verduzco, y fué desgraciado cuando se puso á las órdenes de Mina, no fué suya la culpa.



DON FRANCISCO RAYON

Fué éste el menor de los cinco hermanos Rayón que siguieron la causa de la Independencia. Nació en Tlalpujahua, cuna de la familia, por el año de 1782; desde joven se dedicó á las labores de la minería y de la agricultura, en los terrenos y minas que poseían aquéllos, y llegó á ser un minero entendido y un labrador práctico. La guerra de Independencia lo encontró dedicado á esas ocupaciones, que abandonó sin pena en Noviembre de 1810, para seguir á su hermano mayor á Valladolid y á Guadalajara en pos de Don Miguel Hidalgo; su bautismo de fuego lo recibió en la batalla del Puente de Calderón, y fué compañero de Allende, que llevaba el mando del ejército, hasta Saltillo, donde los caudillos se separaron para seguir su viaje al Norte, en tanto que las tropas á las órdenes de Don Ignacio quedaban en esa ciudad, con intenciones de retroceder hacia el centro de la Colonia.

Frente á Zacatecas empezó á distinguirse, pues comisionado para que en unión de Licéaga se apoderase del cerro de la Bufa, se vió acometido por fuerzas superiores que mataron casi toda la suya, no escapando más que aquel jefe, Don Francisco y un tambor. El segundo se dedicó en Zacatecas á fundir cañones, reparar el armamento, construir carros de municiones, etc. Concurrió á la acción del Maguey, donde salvó muy poco de los fondos del ejército, que de-

jaron los oficiales insurgentes, y perdida esa batalla, siguió á su hermano á la Piedad y á diversos lugares, y concurrió con el mismo al asalto de Valladolid, dado el 2 de Junio. Meses después trabajó activamente en compañía de sus hermanos en las fortificaciones de Zitácuaro, y ayudó á la derrota que sufrió Empáran frente á esa Villa; también tomó parte en su defensa y se retiró á Tuzantla al ser aquélla ocupada por Calleja. Regresó á Tlalpujahua con el nombramiento de Comandante de esta provincia y de las Mesas y durante bastantes temporadas permaneció en la inacción ó desempeñando en los cerros de Nadó y del Gallo misiones que le encargaban sus dos hermanos mayores.

Algunas veces, sin embargo, salía á expedicionar, como en Febrero de 1813, en que por el rumbo de San Juan del Río consiguió batir algunas partidas realistas; algunos días después, con motivo de las desavenencias habidas entre Don Ignacio Rayón y los Vocales de la Junta de Zitácuaro, Don Ramón se ofreció á ir con el carácter de mediador para hablar con Licéaga, y al efecto, se dirigió con un regular ejército hacia Salvatierra, llevando en su compañía á sus hermanos Don Rafael y Don Francisco, mandando sus respectivas divisiones. Sabido es que ese ejército fué derrotado por Iturbide en Salvatierra y que Don Ramón y sus hermanos tuvieron que retirarse hasta Tarandacuao, de donde fueron llamados por Don Ignacio con motivo del movimiento de los realistas amenazando el campo del Gallo; Don Francisco estuvo en la defensa de ese fuerte, que al fin fué tomado por aquéllos cuando los insurgentes lograron salir con toda felicidad la noche del 12 de Mayo. Perseguidos no obstante, tuvieron necesidad los Rayón de enviar sus familias á la Tierra Caliente, al cuidado de Don José María; Don Francisco, por su parte, fué enviado al Norte, donde hizo una larga campaña. En los primeros días de Septiembre consiguió un notable triunfo sobre las fuerzas de Antonio Valle, en la hacienda de Galindo, entre Querétaro y San Juan del Río; despedazó enteramente la par-

tida de Valle y se hizo de 24 fusiles, 160 reses, 100 caballos, dos mil pesos, etc.; también desbarató al día siguiente una partida de cien dragones que salieron en auxilio de Valle.

Llamado Don Ignacio á formar parte del Congreso de Chilpancingo, quiso presentarse en él con el mayor número de gente para hacer creer á Morelos que su autoridad y recursos eran grandes, y al efecto, llamó á sus hermanos para que se le uniesen, pero sólo pudieron hacerlo Don Ramón y Don José Mrafa, pues Don Rafael estaba bastante ocupado por el rumbo de Guanajuato, y Don Francisco harlo tenía que hacer con las partidas realistas que merodeaban por Tlalpujahua; á principios de Octubre vió la corta fuerza que llevaba, atacada por trescientos realistas, que lo pusieron en grave aprieto y de los que con dificultad se libró, refugiándose en la población, donde reunió apresuradamente los diversos destacamentos que le obedecían y se dirigió á San Felipe del Obraje para llamar la atención de los realistas, que se habían apoderado de Zitácuaro; consiguió derrotarlos, haciéndoles bastantes muertos, y consiguió ver libre por entonces esta villa y en seguridad Tlalpujahua, que era su cuartel general.

No concurrió al ataque de Valladolid por Morelos, pero sí sufrió sus consecuencias, porque se vió obligado á permanecer en la inacción durante todo el año de 1814, para no atraerse la persecución de los realistas, que recorrían todo Michoacán, y al fin tuvo que refugiarse en el cerro de Cópore, que fortificaba Don Ramón; contribuyó á su brillante defensa procurando impedir la reunión de los realistas Llano é Iturbide, y á ese efecto se situó en Tuxpan; perseguido por el segundo hasta Angangueo, sin haber sido alcanzado, permaneció en las cercanías, dispuesto á auxiliar el fuerte. Rechazado Llano y obligado á levantar el sitio, Don Francisco no se consideró con la fuerza suficiente para hostilizarlo en su retirada, y únicamente permaneció en expectativa de los movimientos de los realistas. Pocas semanas después, (Mayo de 1815) acompañó á su hermano Don Ramón al

desgraciado ataque de Jilotepec, donde fueron derrotados, y en el que éste debió su salvación á Don Francisco, que con riesgo de su vida lo ayudó á huir de manos de los realistas. Regresó á Tlalpujahua después de este hecho, y por algún tiempo permaneció inactivo, pues aun cuando Aguirre tenia órdenes de perseguirlo, y muchas veces lo intentaba, Don Francisco se le escapaba, refugiándose cuando mucho se le apuraba, en Cópoco.

Por esta época publicó Rayón una proclama que en poco tiempo se hizo célebre entre realistas é independientes por su vehemencia; la causa de su publicación fué la prisión y fusilamiento del sacerdote independiente Don Juan Antonio Romero, Vicario de Tlalpujahua, hechos realizados por Aguirre: "¡Vnganza, sangre y destrucción contra el enemigo!" eran las palabras con que principiaba y finalizaba la proclama, y en ella, después de referir la conducta sanguinaria de los realistas, invitaba á los soldados americanos á separarse de sus banderas y á alistarse bajo las de la insurrección, declarando guerra á muerte á los que no lo hiciesen. Esta proclama le dió notoriedad y desde que se publicó se avivó en Aguirre el deseo de aprehender al autor de ella; la fatalidad se la proporcionó en Diciembre de 1815.

Estaba Aguirre en Ixtlahuaca, y sabiendo que Rayón permanecía sin desconfianza en Tlalpujahua, caminó toda la noche con ciento ochenta dragones y recorrió las quince leguas que hay entre ambas poblaciones; distribuyó sus soldados para cortar todas las salidas, y cuando hubo tomado sus disposiciones, se presentó frente al pueblo; Rayón violentamente reunió cien soldados y quiso salir por el rumbo de El Oro, pero cayó prisionero de Suero, que mandaba setenta y cinco dragones de Fieles del Potosí, y fué llevado á Ixtlahuaca. Sus hermanos hicieron bastantes esfuerzos por salvar á Don Francisco, escribieron por medio del mismo Aguirre al Virrey y al Arzobispo, "no proponiendo ningunas condiciones admisibles, de Alamán, sino reclamando con palabras duras los derechos de

guerra, lo que en vez de ser útil al prisionero abrevió su muerte." Lo que no dijo Alamán, seguramente porque lo ignoró, fué que el Comandante Aguirre quiso aprovecharse de la prisión de Don Francisco para conseguir que sus hermanos abandonasen la causa de la revolución, y aun se dirigió á la madre de todos para conseguir su propósito, pero la señora, llena de dolorosa entereza, se negó á hacer indicaciones á sus demás hijos en el sentido que Aguirre quería. Además, se vivía en una época en que los tratos más solemnes no se cumplían, y tal vez esto influyó en el ánimo de los Rayón, que creyeron sacrificarse inútilmente sin conseguir salvar á su hermano.

Don Francisco fué, pues, fusilado en Ixtlahuaca, en los primeros días de Diciembre de 1815, por el Comandante Don Matías Martín y Aguirre. Fué el único de la familia que pereció durante la guerra, pues los cuatro restantes alcanzaron á ver realizada la Independencia. El Congreso de 1824, por un olvido involuntario seguramente, no incluyó á Rayón en el número de los beneméritos de la patria; pero esto no obsta para que se le considere con bastante razón como un héroe de la patria y se le juzgue digno de una estatua que algún día le levantarán ó Tlalpujahua ó Ixtlahuaca.



LUIS RODRIGUEZ ALCONEDO

Hé aquí un nombre desconocido para muchos, y sin embargo, el que lo llevó en vida, probó perfectamente con sus hechos su decisión y entusiasmo por la causa de la Independencia.

Vió la primera luz en Atlixco, provincia de Puebla, por los años de 1749 á 1751, y su infancia la pasó en su pueblo natal, al lado de sus padres, que eran personas acomodadas; á los quince años pasó á Puebla, donde continuó sus estudios literarios, y dos ó tres años después á México, donde se radicó definitivamente, no para terminarlos, sino para dedicarse enteramente al noble arte de la pintura, por el que tenía verdadera vocación. "En México, dice el único escritor que se ocupó de él en un pequeño artículo que se publicó en "El Museo Mexicano," hizo sus estudios, sobresaliendo en la pintura al pastel, de que nos han quedado algunas obras verdaderamente grandes: sus bellas prendas personales, sus modales afables y corteses, á la par que sus conocimientos artísticos, le atraeron la estimación de muchas personas distinguidas de la Corte Virreinal, y el Virrey mismo lo distinguió con su aprecio." También se dedicó al aprendizaje del grabado, el que supo utilizar en provecho de su patria, como después veremos; pero á pesar de los elogios del aludido biógrafo, nunca fué sino un mediano artista, muy aplicado, eso sí, Alconedo, y la mayoría de sus obras han

desaparecido, siendo muy difícil encontrar alguna.

Se vió comprometido cuando la prisión á Iturrigaray, más que por otra cosa, por la protección que le dispensaba ese Virrey, pues aún no había conspiración alguna formal en favor de la Independencia. La causa de su prisión fué que se dijo que estaba haciendo la corona con que había de ser coronado Rey ó Emperador el mismo Iturrigaray, pues Alconedo, á sus habilidades como pintor y grabador, reunía la de platero, que le había resultado la más provechosa, pues de ella vivía entonces; por supuesto que en el registro domiciliario que se practicó en su establecimiento nada se encontró que justificase semejante imputación. No obstante, bajo partida de registro fué remitido á España, donde permaneció preso dos años; su prisión, sin embargo, no debe haber sido muy rigurosa, puesto que en ella trabajaba sus pinturas y sus relieves y con el producto de ellas tenía lo suficiente para subvenir á sus necesidades y dejar algo de reserva, lo que aprovechó en el momento de su libertad para hacerse de una excelente colección de pinturas que trajo consigo al volver á su patria. Durante el tiempo de su cautiverio, fué invitado por unos ingleses con el objeto de que fuese á radicarse á su país, ofreciéndole un partido ventajoso y su vindicación; pero todo lo rehusó, esperando con calma el momento en que terminase su prisión.

Habiendo regresado á México en virtud del decreto de amnistía de las Cortes españolas, publicado en Octubre de 1810, se encontró el país en plena revolución; por algunos meses permaneció en la capital, dedicado á su oficio y en expectación de los acontecimientos, y al fin se decidió á tomar parte en la revolución, pasando al campo insurgente después del sitio de Cuautla. Ayudó tanto á Morelos como á los Rayón á fundir cañones, reponer armamento, etc., y durante este tiempo sufrió muchas vicisitudes. Después de la derrota de Puruarán se le dió orden (Febrero 18 de 1814), de que se dedicase á formar cuños para los

octavos ó tlacos de cobre, que escaseaban entre los independentes; formó parte del acompañamiento de Rayón cuando este jefe pasó al Oriente á encargarse del mando de la provincia de Oaxaca, y con él se dirigió á Zacatlán, donde Alconedo fundió algunos cañones y una culebrina "que no se desperdiciaría en los parques de Europa," dice Bustamante, que también iba en la expedición.

Zacatlán fué sorprendido el 25 de Septiembre por las tropas realistas. Aguila, destinado para ello, empezó á mover sus tropas con mucha astucia, hasta que logró inspirar á Rayón confianza; formólas al fin en dos columnas, y el 24 de ese mes las movió sobre Zacatlán; ocupó primeramente á Tulancingo, donde el Cura Piedras, antiguo insurgente y ya indultado, se metió en cama para no acompañarlo; Osorno, que parece haber tenido noticia del movimiento, no dió aviso á Rayón, y el resultado fué que la sorpresa resultase completa; sin embargo, la obscuridad y la lluvia hicieron detenerse á Aguila, que no estaba muy seguro del camino que llevaba, y con esta detención malogró en parte su plan, pues encontró á los insurgentes ya levantados y no en la cama, como hubiera sucedido si llega frente á la población á las dos de la mañana. Rayón logró huir por un lado, dejando sus equipajes, archivo, y hasta su sombrero y bastón de mando; Don Carlos Bustamante escapó por otro, en unión de su esposa, Doña Manuel García Villaseñor, que iba á caer en manos de un dragón, que ya estaba para sujetarla; Peredo, comisionado en los Estados Unidos, y Crespo, hermano del Diputado, fueron muertos, y éste y Alconedo cayeron prisioneros; Aguila se apoderó "de doce cañones, doscientos fusiles y treinta cajas de municiones fabricadas con grande empeño por Alconedo en la larga residencia que hizo Rayón en Zacatlán; la pérdida de los insurgentes," según el parte al Virrey, ascendió á doscientos muertos y cincuenta prisioneros, que fueron pasados por las armas en Atlamajac; la de los realistas fué muy corta." El Diputado y sacerdote Crespo, y Alco-

nado, quedaron á disposición del Virrey, el cual ordenó que fuesen fusilados, ejecución que se llevó á cabo el 19 de Octubre en el pueblo de Apam.

Para que se vea cómo se desfiguraron, aun á poco tiempo de realizada la Independencia, muchos de los hechos ocurridos durante ese período, damos á continuación la versión que corrió como verídica acerca de la muerte de Alconedo, y que en el pequeño artículo á que al principio hicimos referencia, publicó el señor F. de P. E. Es la siguiente:

"Llegan al pueblo de Apam, en el Estado de Oaxaca: Morelos y el ejército se adelantan, y Alconedo y el Cura Crespo permanecen en el pueblo con objeto de oír misa; estaban en el templo dirigiendo fervorosas oraciones al Dios de Israel por la libertad de los mexicanos, cuando hirieron sus oídos las terribles palabras: ¡los españoles! ¡los españoles! pronunciadas con todo el horror que ellas inspiraban; y aprovechándose de la confusión que en todas partes reinaba, logran ponerse en salvo. Habrían caminado como media legua, cuando Alconedo recuerda que la Secretaría debía irremediablemente caer en poder de los españoles. Se presentaron en su imaginación los inmensos males que de esta aprehensión resultarían á la causa de la patria, y exponiendo su vida, vuelve las riendas á su caballo, y sin atender á las observaciones de Crespo, parte á salvar aquel tesoro; logra en efecto sacarlo; ya se creía triunfante, pues caminaba con cuanta celeridad le era posible, cuando de improviso escucha detrás tiros disparados contra su persona, y la voz de ¡alto ahí! Voz que, aunque con repugnancia, se vio en la necesidad de obedecer; pero su asistente no obedece y á todo correr marcha á dar aviso al Cura Crespo, que retrocede con la esperanza de salvar á su compañero, consiguiendo tan sólo sacrificarse él mismo, pues que fué hecho prisionero también. Algunos días después fueron pasados por las armas, contando entonces Alconedo 63 años de edad: estaba escrito que debía morir en esta vez, pues algunas horas después de la ejecución lle-

gó á Hevía, General que mandaba las fuerzas españolas, el indulto de aquellos dos héroes, y ya era tarde."

Inútil es decir que si algo de esto fuera cierto lo diría Bustamante, que fué testigo y actor de lo ocurrido en Zacatlán, según hemos visto.



DOÑA RAFAELA LOPEZ AGUADO
DE RAYON

Entre las diversas heroínas que figuran en esta galería, merece lugar distinguido esta señora, que si bien no tomó parte directa en la Insurrección, como la Corregidora, ó como Doña Leona Vicario, que dedicaron su actividad ó su fortuna á la causa de la Independencia, en cambio dió sus cinco hijos á la patria, y muchas veces los animó con sus consejos á continuar por el camino emprendido, no viéndosela vacilar ni aun cuando se encontró en la dura alternativa de escoger entre la vida de uno de ellos y la sumisión de los demás.

Doña Rafael descendía de una antigua familia española que dió varios Prelados á la Iglesia y diversos funcionarios al Estado, siendo su tronco el conquistador Sancho López de Agurto estaba radicada de muchos años atrás en Michoacán, y especialmente en Talpujahuá; los López Rayón eran una rama de ella, así es que Doña Rafaela era parienta de su esposo Don Andrés López Rayón, acomodado hombre de campo y minero de aquella población. Muerto Don Andrés en temprana edad, quedó ella de jefe de familia, y aunque la buena inclinación de sus hijos hizo que no tuviese dificultades en guiarlos por el buen sendero, sus consejos y su experiencia les sirvieron de mucho en la ruda lucha por la vida, que iban á emprender. Al mayor lo ayudó para que terminase sus estudios profesionales; al segundo consiguió verlo establecido

en el comercio; el tercero, de índole pacífica, quedó en su pueblo natal al frente de los intereses rurales de la familia, en compañía del cuarto, Don Rafael, y por último, Don Francisco, el más pequeño, de genio turbulento y atrevido, también vivía á la sombra de la señora Rayón, atendiendo las minas y los otros intereses. Cuando después de varios años de viudedad consiguió el resultado de que sus hijos, unos ya casados, estuviesen todos establecidos, tenía derecho de esperar con tranquilidad los días de la ancianidad y una muerte de justa rodeada de su familia, vino la asoladora revolución de Independencia á acabar con esa tranquilidad y á lanzar á los pedazos de su corazón en la vorágine de una guerra que si bien por un momento se creyó corta, pronto se vió que era dilatada y sangrienta.

Siquiera tuvo el consuelo de ver que todos sus hijos seguían una misma causa y no se vió en la dura alternativa de tener que prescindir de sus convicciones y simpatías para no ver en ellos más que á los niños cuya cuna meció con amor y á los que la revolución había arrojado á pelear en distintos bandos. Pero ese consuelo fué amargo, porque el carácter que asumió la guerra y la notoriedad que Don Ignacio adquirió desde luego, le hicieron temer por la vida de todos y no le permitieron tener un solo día de sosiego. Pero no flaqueó un solo instante, no empleó ruegos ni halagos para hacerlos desistir del camino que habían emprendido, y guardó todos sus dolores en el fondo del alma para no dejar ver en su rostro más que la sonrisa melancólica que procuraba hacer alegre cuando alguno de los cinco caudillos iba á descansar de sus campañas al hogar paterno. Y cuando en 1813 los tuvo á todos reunidos por espacio de varios meses, pudo entregarse francamente á la alegría de tenerlos á su lado y creer que había sido un sueño la separación de más de dos años, durante los cuales sólo tenía noticias de combates, de asedios y de victorias ó derrotas; para ella esos cinco caudillos no eran en aquellos momentos adalides de la patria, sino cinco niños grandes que después de ha-

ber andado descarriados como el hijo prodigo, volvían al seno del hogar, á ocupar el mismo sitio que años antes tenían.

Aquellos días de tranquilidad pasaron pronto, por las necesidades de la guerra, y no debían volver: el Benjamín, el más pequeño, aquél en quien había reconcentrado su ternura, había caído prisionero de los realistas, y estaba condenado á muerte. Aguirre, el aprehensor, ofrece perdonarle la vida con tal de que Doña Rafaela influyese cerca de los otros cuatro Rayón para que deponiendo las armas dejen de combatir la causa de España; la proposición era tentadora: la vida de un hijo y el perdón de los demás, es decir, el retorno de los días de tranquilidad, el desquite de tantas amarguras, tantos sobresaltos y tantas lágrimas como le habían costado cinco años de guerra... pero también vió la ignominia que semejante paso traería para los que aún estaban libres, tuvo en cuenta la vergüenza con que volverían á su lado, salvos, si, pero escarnecidos por todos los independientes, y sobre todo, vió la patria, en aras de la cual tenía ya hecho el sacrificio de todos sus hijos, y ahogando sus sentimientos, se negó á dar oídos á las proposiciones del Coronel realista. Las balas disparadas en el patíbulo de Jilotepec acabaron con dos vidas: la del insurgente Don Francisco Rayón y la de su madre, Doña Rafaela López, para la cual ese día terminó todo, y sólo fué ya una sombra.

Las compensaciones que la vida le ofreció después al ver á sus otros hijos liberados del cadalso y de muerte violenta, y aun el fin de la guerra y la aurora de la libertad, pocas emociones pudieron ya proporcionar á aquel corazón profundamente lacerado y á aquella matrona que así como dió un hijo á la patria, estaba dispuesta á dar los cuatro restantes.



PEDRO ROSAS

Pertenece al gremio de los humildes, de los ignorados, para los que la historia no tiene ni un recuerdo ni sitio para dedicarles un renglón donde aparezca su nombre siquiera.

Era originario del pueblo de Zacoalco, ó de Cocula, y se dedicó á la arriería desde su más temprana edad, siendo esa y la labranza las ocupaciones que tuvo, hasta que estalló la revolución de Dolores. Se encontraba accidentalmente en el pueblo de Zacoalco cuando llegó la noticia de ella, y casi al mismo tiempo la del pronunciamiento del amo Torres, en favor de la Independencia, y la ocupación de Sayula por este caudillo. Lleno de entusiasmo el pueblo ante tales noticias, se reunió, á imitación del Gobernador indígena, Juan Chango, que en una junta de veinte vecinos de los principales del lugar, decidió ayudar á Torres en todos sus planes; aprobado el paso por todos los vecinos, la misma junta, de la que Pedro Rosas formó parte, se encargó de ir á ver al caudillo insurgente y darle cuenta del acuerdo tomado. Torres la recibió estando en Sayula, y después de darle las gracias la encargó que le reuniese el mayor número posible de hombres armados y destinó á Rosas cerca de su persona, en calidad de guarda, como dice él en su causa.

Días después fué destinado á observar los movimientos de los realistas y á aprehender al Teniente de Justicia de Zacoalco, Ba-

dillo, que estaba en correspondencia con las autoridades de Guadalajara; también dio aviso á Torres de la aproximación del ejército que mandaba el Mayorazgo Don Tomás Ignacio Villaseñor, y ya con el carácter de Capitán asistió al combate de Zacoalco, que decidió de la suerte de la Nueva Galicia, y entró á su capital con el ejército insurgente, el 4 de Noviembre de 1810. Realizada la ocupación, Torres, que ora sumamente activo, envió comisionados á todas partes para propagar la revolución, y como probablemente estaba en relaciones con el Cura de Ahualulco, Don José Mercado, ó lo conocía y sabía cuáles eran sus opiniones, á él le despachó desde luego un emisario, que no fué otro que Pedro Rosas, haciéndole saber los éxitos de la revolución é invitándolo par que la siguiese.

Notoria es la conducta del Cura Mercado; secundó con entusiasmo la causa de la Independencia, levantó un pequeño ejército, y con él ocupó Tepic y San Blas, sin necesidad de disparar un solo tiro; en toda esa campaña estuvo Rosas, que siguió después de ella al servicio del caudillo tepiqueño; cuando éste trató de regresar á Guadalajara para apersonarse con Hidalgo, lo acompañó Rosas; pero como durante ese viaje se tuvo la noticia de la derrota de Calderón, retrocedió aquél, y mientras él seguía para Tepic, éste quedó á las órdenes de Zea y, por consiguiente, se halló en la acción de las barrancas de Mochiltitlic, en que fué desbaratado el ejército insurgente. Rosas comprendió que de volver á Nueva Galicia corría riesgo de ser conocido como insurgente y sufrir la pena de horca, en tanto que dirigiéndose al Norte podía escapar, así es que no vaciló mucho acerca del partido que debía seguir, y emprendió el camino de Sinaloa, donde se encontró en relativa seguridad, pues durante algún tiempo pudo pasar por arriero ó comerciante; sin embargo, él y un compañero suyo apellidado González, llegaron á hacerse sospechosos á las autoridades españolas, quienes dieron con ellos en la cárcel del Rosario. Pero como aquella provincia no había sufrido graves males de la insu-

rección, ni sus autoridades estaban empeñadas en reprimirlas á sangre y fuego, se contentaron con las explicaciones que los presos dieron y que parecían fundadas, y los pusieron en libertad, aunque después de varios meses, en Septiembre de 1811, dándoles copia de la sentencia para que les sirviese de resguardo durante su camino ó en las poblaciones á donde llegasen.

Rosas, creyéndose ya seguro con ese papel que él juzgaba era un indulto en toda forma, tuvo el mal pensamiento de volver á su pueblo natal, con no muy buenas intenciones seguramente, pues no tiene duda que los cinco meses transcurridos desde que fué puesto libre en el Rosario hasta que llegó á Zacoalco, los pasó entre los insurgentes, que abundaban en Mayarit y Nueva Galicia; apenas llegado, fué reconocido y aprehendido por el Teniente de Justicia, que lo entregó á la Junta de seguridad. Ante ella no negó Rosas la parte que había tomado en las campañas de Torres, pero alegó que lo había hecho obligado por la fuerza, y que como prueba de ello se había separado de la revolución en cuanto le fué posible y se había indultado; la Junta no supo qué hacer y envió al reo á Guadalajara, donde no había muchas vacilaciones; se le condenó, sin más averiguaciones, á la pena de horca, con la agravante de ser llevado arrastrado como traidor hasta el lugar del suplicio; que se le cortase la cabeza, la cual debería colocarse en Zacoalco, á la salida del camino de Sayula. Confirmada el mismo día la sentencia por el Gobernador Cruz, fué ejecutado el 10. de Julio de 1812, en los mismos términos en que había sido dictada, y durante algún tiempo, la cabeza del ajusticiado estuvo expuesta en las afueras de Zacoalco; el cuerpo fué enterrado cristianamente en el cementerio de Belén.

Pedro Rosas era de elevada estatura y de fuerte constitución; más que por su nombre, era conocido por el apodo de "El Arriero," que á cada momento se ve repetido en el proceso que se le formó; tenía más de setenta años de edad al ser ahorcado, y se ignora si tenía ó no familia, pues nada

declaró acerca de esto; aunque los testigos de cargo lo acusaron de ser ladrón, no parece fundada la imputación, y en realidad su único delito, como el de tantos otros como entonces perecieron, fué el de haber seguido el partido de la Independencia.



APENDICE

MANUEL RODRIGUEZ ALEMAN Y PEÑA

Fué este señor la primera víctima inmolada en aras de la Independencia, y su lugar está entre los precursores de ella.

Nació en esta capital en Mayo de 1783. Su padre, que era un acomodado boticario que tenía su establecimiento en la primera calle de Plateros, le costó sus estudios, y el joven Rodríguez aprovechó bastante; en 1803 recibió el grado de Bachiller en la Universidad de México, y poco tiempo después, el Ilmo. señor Arzobispo Núñez de Haro le confirió las cuatro órdenes menores. Antes de continuar sus estudios y disfrutando la renta de una capellanía, quiso viajar y conocer mundo, y habiendo obtenido licencia de su padre, salió de esta capital, rumbo á España, el 29 de Mayo de 1804. Desembarcó en Cádiz y después de permanecer algunas semanas en ese puerto y en el de Huelva, se dirigió á Madrid, donde permaneció varios años, sostenido por el dinero que le enviaba su padre y por la protección de Don José Miguel de Azanza, ex-Virrey de México, al cual fué recomendado el joven Alemán.

Tuvo ocasión de presenciar todos los acontecimientos que se desarrollaron en la capital de España con motivo de la entrada á la Península, de las tropas de Napoleón I; los sucesos de Aranjuez, la caída de Godoy y la abdicación de Carlos IV, la proclamación de Fernando VII y el levantamiento del 2 de Mayo. Su necesidad, como dice Alemán en sus declaraciones, ó, como es lo más probable, las indicaciones de Azanza, que se había declarado afrancesado, lo hicieron entrar al servicio del Rey intruso José Bonaparte, aceptando un em-